

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 814

Alicante 17 de Julio de 1886.

Año XVII.

COMENTARIO Á LA ENCICLICA «IMMORTALE DEI.»

LA IGLESIA ES PARA LA SOCIEDAD CIVIL
LO QUE PARA EL CUERPO EL ALMA
RACIONAL.

(Continuacion.)

Después de considerar el Papa Leon la índole de la Iglesia de modo absoluto, la considera de un modo relativo, es decir, con respecto á la sociedad civil, y discurre así:

«Es, pues, necesario que haya entre las dos potestades cierta trabazón ordenada; trabazón íntima, que no sin razón se compara á la del alma con el cuerpo en el hombre. Para juzgar cuánta y cuál sea aquella unión, forzoso se hace atender á la naturaleza de cada una de las dos soberanías, relacionadas así como es dicho, y tener cuenta de la excelencia y nobleza de los

objetos para que existen, pues que la una tiene por fin próximo y principal el cuidar de los intereses caducos y deleznable de los hombres, y la otra el de procurarles los bienes celestiales y eternos.

»Así que todo cuánto en las cosas y personas, de cualquier modo que sea, tenga razón de sagrado, todo lo que pertenece á la salvación de las almas y al culto de Dios, bien sea tal por su propia naturaleza ó bien se entienda ser así en virtud de la causa á que se refiere, todo ello cae bajo el dominio y arbitrio de la Iglesia; pero las demás cosas que el régimen civil y político, como tal, abraza y comprende, justo es que le estén sujetas, puesto que Jesucristo mandó expresamente que se dé al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. No obstante, á veces acontece que por necesidad de los tiempos pueda convenir otro género de concordia que asegure la

paz y libertad de entrambas, por ejemplo, cuando los Gobiernos y el Pontífice Romano se avengan sobre alguna cosa particular. En estos casos, hartas pruebas tiene dadas la Iglesia de su bondad maternal, llevada tan léjos como le ha sido posible la indulgencia y la facilidad de acomodamiento.»

Muchas cosas hemos dicho en los cuadernos anteriores sobre las mútuas relaciones entre la Iglesia y el Estado, que pueden servir de comentario á esta parte de la Encíclica de Leon XIII, por lo cual no nos detendremos aquí largamente. Empero la comparación aducida por el Papa de la unión del alma con el cuerpo humano, digna es de profunda consideración, siendo enteramente á propósito y hallándose usada con mucha frecuencia por los antiguos doctores de la Iglesia. Sólo que despues que arruinó Descartes la filosofía, defendiendo acerca del hombre y de la unión del alma con el cuerpo una doctrina falsa y aun hostil á Concilios Ecuménicos, la comparación fué interpretada de una manera ruin.

Diéronse á creer los cartesianos que el cuerpo humano es una reunión de átomos inertes, y que la unión del alma con el cuerpo estriba en hallarse presente el alma en algun punto del mismo, desde cuyo punto, una vez determinado al movimiento ó á la quietud, ninguna

otra pasión le concedían. Sistema necio, pero que imaginándose fácilmente, fué admitido por muchos, sin tener en cuenta que carece de verdad real. Quien profesa tal doctrina, sosteniendo que la Iglesia es relativamente al Estado como el alma relativamente al cuerpo, á la Iglesia sólo le dá la presencia y el poder de mover extrínsecamente á la sociedad civil, que sin ella quedaría inerte de todo punto y privada de toda vida social: esto no se sostiene.

Está el alma estrechamente unida al cuerpo humano, con el cual forma una completa naturaleza, siendo principio de las tres vidas del hombre, á saber: la vegetativa, la sensitiva y la intelectual ó racional. Si bien una alma sola é idéntica es el primer principio formal de estas tres vidas, obra con potencias y facultades diferentes, siendo inorgánicas solo las que le corresponden en cuanto es racional, ó sea el intelecto y la voluntad; las otras, que pertenecen á la vida sensitiva y á la vegetativa, son orgánicas. Ahora bien: cuando se hace la citada comparación, diciéndose que como el alma existe relativamente al cuerpo, existe la Iglesia relativamente á la sociedad civil, para discurrir con toda exactitud necesitase tomar el alma en cuanto es sólo principio de vida racional, así como el cuerpo en cuanto está provisto de vida vegetativa y

aun de vida sensitiva, y no en cuanto es inerte como un cadáver. Así San Pablo, al describir la lucha del espíritu con la carne, no tomaba la carne destituida de todo principio vital, puesto que así no puede luchar, sino con vida vegetativa y sensitiva, bien que el principio de tal vida fuera el mismo espíritu que con sus potencias *propias* luchaba. Precisamente por la diversidad de las potencias arraigadas en el alma misma, es posible tal lucha.

Supuestas tales cosas, consideremos las relaciones de la vida racional con la vida vegetativa y sensitiva, como también las relaciones de la Iglesia con la sociedad civil ó el Estado. Ante todo veamos la prioridad de su origen. En esta prioridad, el cuerpo, con la vida vegetativa y sensitiva, precede á la vida racional en diversos individuos y en el propio. En diversos, porque, como en el Génesis aparece, demostrándolo además la razón filosófica, el imperfecto, en el origen de las cosas contingentes, antecede al perfecto: antes que los vivientes, fueron creados los orgánicos; antes que los animales fueron producidos los vegetales, y por último, fué el hombre racional. En el hombre mismo, si bien el alma, principio de las tres vidas, se infunde al mismo tiempo, la que aparece primero en el propio individuo es la vida vegetativa, siguiendo la sensitiva y luego la racional. Lo imper-

fecto en el individuo se considera como presupuesto ó sujeto del perfecto; cuando no existe precedencia de tiempo, es preciso siempre considerar la prioridad de origen y de naturaleza. Lo mismo decimos que ocurre por lo que hace al Estado y á la Iglesia. El individuo es el primer elemento en el orden social, por lo que precede al Estado y á la Iglesia. El Estado es subido por la Iglesia á un grado de perfección mayor, debiendo, en su virtud, precederle relativamente al origen. Además, así como hay entes en que el vegetante sensitivo puede sin duda existir sin el racional, mas éste, ó sea el hombre, no puede sin duda existir sin que tenga en sí propio el ser sensitivo y vegetante, el Estado ó la sociedad civil sin repugnancia extrínseca pudo existir sin la Iglesia; mas ésta naturalmente presupone los individuos y el Estado como propio sujeto.

Sólo que semejante prioridad de origen no indica por sí perfección, sino que por el contrario, según vemos en las cosas contingentes, denota imperfección por lo que hace al que es posterior en el origen. Por su dignidad la Iglesia precede al Estado, y por consiguiente la autoridad eclesiástica está, por su dignidad, sobre la civil, como, en dignidad, el alma racional sobrepuja al alma sensitiva y la vegetativa, hallándose por tanto el racional sobre

los brutos y las plantas. Que hay en el alma racional esta dignidad preeminente, sabido es de todos los filósofos (no son tales los modernos sábios que se hacen adoradores de solo la materia), los cuales saben perfectamente que la dignidad del ser crece á proporción que se aleja de la materia, participando de la divina inmaterialidad. El alma racional es inmaterial en la propia esencia; por lo que es tal en las potencias que tienen esta sola esencia por sujeto, siendo por consecuencia inmortal é incorruptible, no hallándose formada por composición de elementos, sino creada por Dios. Los otros entes, provistos sólo de vida vegetativa y sensitiva, dependen de la materia en el ser y en el obrar, siendo, por decirlo así, todos materiales y venidos á la vida por generación de las causas segundas, cesando en consecuencia por la acción de éstas.

De esta manera trasciende la dignidad de la Iglesia á la sociedad civil. Aquella tiene un origen de todo punto divino. Jesucristo le dió el ser al paso que toda sociedad civil fué constituida por algun hecho humano ó por arbitrio del hombre, porque la tendencia de los hombres á unirse en sociedad emana fundamentalmente de Dios, como autor de la naturaleza. Las potencias que se hallan en la Iglesia, como tal, son espirituales y divinas, encaminadas

á producir virtud y santidad, al paso que van encaminadas por sí á cosas terrenas las que se hallan en la sociedad civil, siendo en su virtud materiales y terrenas. Ciertamente una sociedad tanto excede á otra en nobleza cuanto se halla más extendida la muchedumbre de socios dirigida á fin específico superior y con una virtud mayor en su constitución para vivir más largamente.

Examinemos bajo tales aspectos á la Iglesia y á la sociedad civil. Toda sociedad civil estuvo de hecho ó lo está, restringida en confines, que, comparados con toda la tierra, son bien leve cosa. El gran imperio chino, que domina entre las sociedades civiles por su extensión, ocupa una pequeña parte del orbe terráqueo. Si del *hecho* pasamos al *derecho*, parece que la diferencia de los lenguajes es una señal bastante grave de que ninguna sociedad civil tiene universalidad *natural*. No somos de los que afirman que se deben constituir, en virtud del derecho natural, tantas sociedades civiles cuantas son las diferentes naciones. Puede existir una gravísima causa para que una nación se divida en diversos Estados, como puede asimismo existir causa justísima para que una sociedad extienda su propio dominio sobre una parte de otra nación y aun sobre toda. Ha ocurrido esto en todas las épocas, no habiendo razón alguna que pruebe lo contrario. Em-

pero no se puede negar que más conveniente es que los socios de una misma sociedad civil, los cuales concordes en los medios deben conspirar al fin social comun, empleen un mismo lenguaje y pertenezcan á una misma nación.

(Se continuará.)

LA LOCURA DE MI AMIGO.

Tengo yo un amigo que, fuera de que suele pegarle á su mujer cada paliza que tiembla el misterio, y de que suele hacer préstamos al mil por ciento, y de que suele no dejar honra sana con su lengua de hacha, por lo demás es un excelente sugeto, muy corriente y sobre todo muy ilustrado.

Sosteniendo dias pasados con ese amigo una de esas conversaciones con que aseguran que se mata el tiempo, decíame:

—Yo no puedo creer lo que nos cuentan los curas de que Dios lo vé todo, lo oye todo y lo sabe todo, hasta el extremo de vigilar desde el fondo de la eternidad todas nuestras acciones para darles su premio y su castigo.

Contestación mía:—Algo de eso me pasa á mí, pero no con Dios, sino con el relojero de la esquina.

—¡Hombre! eso sí que es raro.

—Lo que Vd. oye; se me ha me-

tido en la cabeza que el infeliz, creyendo tener buenos ojos, buen oído, buenas manos y muy buena inteligencia para su oficio, ni vé, ni oye, ni sabe una palabra de lo que se hace.

—¿Cómo puede ser eso?—me replicó sorprendido:—¡pues si precisamente acaba de arreglarme este reloj!—añadió sacando del bolsillo un magnífico cronómetro—que, como V. vé, es una soberbia pieza, bonita y bien construida, y que no solo señala las horas, sino que además señala los dias del mes, los meses del año, los cuartos de luna y las cuatro estaciones, amen de una preciosa sonata de música que repite cada vez que toca cierto muelle.

—Si, señor—contesté yo;—comprendo que el reloj es muy bonito, que está muy bien construido, que su mecanismo es ingeniosísimo, que es muy linda la música que toca y todo lo que Vd. quiera, pero ni por esas me convence Vd. de que el autor de ese reloj no sea ciego, sordo y manco, y que, por añadidura, no entienda ni una palabra de relojería.

—Pero hombre, no sea Vd. bárbaro—gritaba ya cargado mi buen amigo.—¿Cómo quiere Vd. que un ciego haya podido dibujar cosa tan linda, que un sordo haya podido inventar música tan agradable, y que un torpe sin inteligencia ni poder haya podido combinar tanta rueda,

tanto engranaje y tanta diablura? O Vd. está loco, ó se burla de mí.

—Ni estoy loco ni me burlo de Vd., querido mio—le repliqué con gran calma—antes por el contrario, discurro tan sábiamente como Vd. dicurria hace poco.

—¿Cómo yo?

—Sí, señor, Vd. ha empezado por decirme hace un momento que no podia creer de ningun modo que Dios viese, oyese y combinase todas las cosas por medio de su sábia Providencia, y yo, siguiendo la doctrina de Vd., digo lo mismo de mi vecino el relojero.

—Está bien,—contetó mi amigo un poquillo turbado, presintiendo á dónde yo iba á parar—pero tenga usted en cuenta que usted lleva su terquedad hasta un extremo muy ridículo, pues cuando se trata de una obra maestra como la que yo pongo ante su vista, á no haber perdido el juicio, nadie se atreve á decir como Vd. que esa obra la hizo un tonto, manco, sordo y ciego.

—Pues si eso es así—le contesté yo;—si es necesario estar loco para sostener que sin inteligencia, sin vista y sin oído puede construirse un reloj que señala las horas, los días y las estaciones, ¿cree Vd., desdichado, que estará en su razón el que afirme que no ha sido preciso oído, vista, poder, ni entendimiento para construir este gran reloj que se llama el mundo, que no señala

las estaciones, sino que las produce; y que no señala los días sino que los hace? ¿Si el que construyó el reloj de Vd, no pudo menos de tener ojos el que construyó el ojo, puede suponerse que estaba ciego? ¿Si el que organizó las ruedas de ese cronómetro no pudo hacerlo sin inteligencia, el que hizo la inteligencia le parece á Vd. que careciese de ella? Y ahora bien, amigo mio, ¿quién será más loco: Vd. que dice que Dios ni vé, ni oye, ni sabe lo que pasa en el mundo, ó yo que digo que el relojero de la esquina no tiene ojos, ni manos, ni oídos, ni entiende de relojería?

Aquí mi interlocutor perdió los estribos, y no sabiendo por donde tirar hizo lo que en tales casos suelen hacer muchos que se dicen sábios: empinarse sobre su propia ignorancia y amontonar palabras huecas que ni las entiende quien las oye ni quien las dice.

—Usted no cuenta—replicó—con las fuerzas físicas, las leyes de la naturaleza, las...

—¿Qué fuerzas, ni que leyes ni que caracoles?—le interrumpí—todo eso son palabras y nada más. ¿Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, el que hizo el ojo pudo estar ciego? ¿Si el que construyó la máquina necesitó tener inteligencia, el que hizo la inteligencia pudo carecer de ella?

¡Ah filósofos pedantes! ¡Ah sábios

majaderos! ¿De qué os sirve llenar tantos libros de palabras huecas, si cuando llega la hora de discurrir sobre la cosa más sencilla y más natural del mundo, la echáis á perder y lo hacéis peor que el más humilde labriego? Eso quisiérais vosotros, que Dios no os viese. Señal de que lo que hacéis no es para visto. Si, por el contrario, vuestra vida no fuera pura, no pasarías el tiempo inventando argumentos para negarle la vista á Dios; sino que tendríais gran interés en concedérsela muy larga y perspicaz, para que no se le pasasen por alto vuestros sacrificios, ¡Desdichados! Si aquí hay algún ciego, sois vosotros.

Después de estas palabras, y pasados algunos instantes, volví la cabeza y miré á mi amigo que parecía abstraído.

—¿En qué quedamos?— le interrogué volviendo á mi tono habitual.

Pero mi amigo no me contestó.

Miraba al suelo y repetía como si nadie le oyese:

—*Si el que hizo el reloj necesitó tener ojos, el que hizo nuestros ojos ¿cómo pudo estar ciego?*

Momentos después, se separó de mí en silencio.

Desde que tuvimos esta conversación, pasaron algunos meses sin que volviese á verle. Me extrañó que

así sucediera, y pregunté por él á otro amigo que lo era de los dos.

—Calle Vd. me dijo—no le conocería usted.

—Pues ¿qué le pasa?

—No lo sabemos, pero aseguro á usted que es otro hombre. Usted recordará que era algo usurerillo.

—Psi...

—Pues está restituyendo todo lo mal adquirido. Además, usted sabe que tenía bastante abandonada á su familia y que á la chita callanda, solía darle algunos palos á su pobre mujer; pues hoy es un modelo de padres y de esposos. En fin, usted sabe que su lengua era un hacha... pues hoy no despliega los labios, sino para decir la verdad y para hacer justicia. ¡Lástima que su cabeza esté algo extraviada!

—¿Cómo extraviada? ¿Es posible?

—Así lo creen muchos al ver que dice cosas que no vienen á cuento.

—¿Y qué cosas son esas?

—Pues mire usted, dice: *Si el que hizo el reloj, necesitó tener ojos, el que hizo nuestros ojos, ¿cómo pudo estar ciego? Luego es indudable que Dios nos ve.* Ya comprende usted que eso no viene á cuento.

—¡Ah! Vamos, pues si no es más que eso, dé Vd. un recado á su mujer, y dígale, de mi parte, que le pida á Dios conserve á su marido la locura.

—¿Por qué?

— Porque si no, vá á tener que poner otra vez las costillas en remojo.

Está visto, caballeros. Hay *ilustraciones* que no producen más que garrotazos, usuras é infamias.

En cambio hay locuras que producen virtudes.

De donde yo deduzco que los verdaderos cuerdos son los que el mundo llama locos. Y los verdaderos sábios, los que el mundo llama ignorantes.

¿Si sería por esto por lo que Jesucristo echó mano de doce ignorantes para salvar al mundo?

(*Lectura Popular.*)

SECCION LOCAL.

Digno de elogio es el celo que viene desplegando el Sr. Cura de la Misericordia por el mejoramiento de aquella parroquia.

No solo el culto que se da en ella con la mayor solemnidad y decoro, sino que además se han llevado á cabo importantes obras de restauración en el templo. Se ha construido una nueva sacristia, pues la antigua era oscura y húmeda, con que se ennegrecia el dorado de las ropas y objetos que en ella se guardaban, además de sus malas condiciones higiénicas. También ha sido restaurada la torre, y terminada con una cúpula de madera cubierta con planchas de zinc, y en ella se ha habilitado

un reloj, que ha de ser de no poca utilidad para los vecinos de aquel barrio.

Segun tenemos entendido, todo se ha hecho á expensas del Excelentísimo Sr. Obispo de la Diócesis, y en no pequeña parte del Sr. Cura de la Misericordia, á quien felicitamos.

CRONICA NACIONAL.

El comercio de Salamanca ha tomado el siguiente acuerdo, que debia servir de ejemplo á todos los comerciantes de las provincias que se precien de ser católicos y quieran serlo practicamente.

«El comercio de Salamanca, representado por un crecido número de sus individuos, dado que es imposible por la premura del tiempo é insuficiencia del local en que se han reunido, congregarse á todos, conviniendo unánimemente en que el precepto religioso, referente á la cesacion de trabajos en los dias festivos, está sabia y fuertemente basado en la misma naturaleza del hombre en admirable armonia con toda clase de provechos del órden moral y del material, generales y particulares, y en perfecta consonancia con nuestros deseos los de nuestros dependientes y los de la inmensa mayoría del público, *acuerda* con plena espontaneidad *no abrir* los establecimientos en dichos dias, esperando confiadamente de la rectitud y espíritu de concordia que honra á todos sus compañeros, no presentes, que se adherirán á este acuerdo y harán suya en la práctica esta resolución.»

VARIEDADES

PILATILLO

A los alumnos del colegio de Nuestra Señora de la Antigua, en la ciudad de Orduña.

V.

Y con la rapidez de un rayo quitóse la levita y se lanzó de un salto á la arena. Garcia quiso detenerlo; pero logró tan sólo cogerle por el sombrero, y éste se le quedó en la mano.

Arrojóse entonces tras él haciendo eses: pero ya era tarde. Gabriel estaba delante del toro, y con la levita en alto, dió una patada en la arena citándolo... El animal bajó la cabeza, dejando ver su lengua ensangrentada: reculó contra la barreira escarbando con la pezuña, movió las orejas, y arrancó de un golpe...

Un grito terrible, uno de esos gritos que parecen salir de millares de pechos por una sola boca, resonó entonces en la plaza.

Vióse á Gabriel voltear por el aire, y caer luego en tierra boca abajo, con los brazos abiertos, pesado, inerte como un saco de arena...

VI

Gabriel abrió los ojos y encontróse en una estrecha cama, pobre pero limpia. Una cortina blanca se extendía por la derecha, otra igual

por la izquierda, y una tercera cubría el frente, encerrándolo como en un ataúd de lienzo. Gabriel miró hácia detrás y vió sobre la pared desnada una cruz negra de palo, colgada á la cabecera, y por debajo una tablita en que con caractéres también negros se veía escrito el número 33. Parecióle entonces que tras la cortina de la derecha oía una respiración fatigosa, y tras de la izquierda, de cuando en cuando, unos cascarrientos. El movimiento de Gabriel al volver la cabeza, hizo crugir la cama: levantóse suavemente á este rumor la cortina del centro, y sus ojos atónitos vieron aparecer á una Hermana de la Caridad. La cabeza de Gabriel retrocedía en la almohada á medida que adelantaba la Hermana, como si tuviera ante sí una aparición del otro mundo.

—¿Qué tal?—le preguntó la religiosa afectuosamente, inclinándose sobre el lecho.

—¿Pero donde estoy?—murmuró Gabriel espantado.

La Hermana le miró con una profunda expresión de lástima, y contestó con dulzura:

—En la casa de Dios, hermano.

Incorporóse Gabriel bruscamente en el lecho, y cogiendo á la religiosa por una manga, dijo con los ojos desencajados:

—¿En el Hospital?!...!

—Pues no le digo que en la casa

de Dios, Hermano?—replicó la Hermana apartándose suavemente.

—¡En el Hospital estoy!... ¡En el Hospital!—exclamó Gabriel aterrado; y la vergüenza y el horror le desvanecieron de nuevo.

Gabriel se hallaba en efecto en el Hospital, donde le habían conducido en una camilla, sin poder identificar su persona: Desperdicios había desaparecido, y García borracho como una cuba, no se dió cuenta exacta del suceso, y al verse solo en la plaza, acabó por tumbarse en un tendido, donde le encontraron roncando á la hora de toros. Al llegar al Hospital, Gabriel permanecía aun sin conocimiento: un médico le reconoció cuidadosamente, y volvió al fin la espalda diciendo:

—¡Bah!... Aguardiente y un porrazo: que duerma la mona con calma, y quede en observación por si el susto trae cola.

La finura de las ropas de Gabriel, la pulcritud de sus manos, y la distinción que, no obstante su estado lamentable se observaba en toda su persona, revelaban bien á las claras que no pertenecía á la clase de gentes que pueblan los hospitales. Acostáronle, sin embargo, en una sala comun, y una Hermana, la que hemos visto acudir á su primer movimiento, quedó á su cuidado.

Al desvanecerse de nuevo Gabriel, la Hermana le aplicó á la nariz un tarrito de eter. Entonces abrió los

ojos, y tornó á cerrarlos de nuevo, lanzando un profundo suspiro.

—¡Animo!—le dijo la religiosa: eso no es nada...

Gabriel guardó silencio y permaneció largo rato con los ojos cerrados, inmóvil y pálido como un cadáver. De repente abrió sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Hermana... ¿me voy á morir?..

—¡No, hermano mío!—exclamó la religiosa conmovida. ¡Si no es nada!... Un susto y nada más... El médico ha maudado tan solo un par de días de observación y reposo completo.

Gabriel volvió á cerrar los ojos, y dos anchos lagrimones se deslizaron por sus mejillas, cayendo lentamente en la almohada: vióle la Hermana mover los labios como si orase, y apretar contra su pecho por debajo de la cubierta de la cama, algo que ella no veía. La Hermana, creyéndole al fin tranquilo, se alejó de puntillas, dejándolo solo... ¡Solo en la cama de un hospital!... ¡Solo con su inocencia perdida!

Entonces sacó Gabriel de debajo de la cubierta la medalla de oro que llevaba al cuello, y comenzó á besarla sollozando. Era la medalla de su primera comunión, mandada acuñar expresamente por su madre. Por su lado tenía la imagen de la Inmaculada: por otro la fecha 8 de Di-

ciembre y esta inscripción: *Monstra te esse matrem.*

—¡*Monstra te esse matrem!*—exclamó Gabriel anegándola en lágrimas; y los sollozos, los amargos sollozos del arrepentimiento, á que el perdón concedido presta después dulzura tan inefable, embargaron su garganta, dejando escapar tan sólo cual saetas de dolor que del corazón le brotasen, agudos y prolongados ¡ay!...

Dos horas duró aquella congoja, en que mil veces distintas creyó volverse loco... Dios ofendido... Su madre desolada... deshonorado su nombre... eran las tres ideas que su imaginación confundía y barajaba en torbellino espantoso, uniendolo verdadero á lo imaginario, lo cierto á lo temido, lo humillante á lo terrible, para aplanar por completo su corazón, como si aquellas tres grandes barreras del alma, Dios, la familia, el honor, se derrumbasen sobre él, sepultando toda idea de consuelo, todo asomo de esperanza, entre los escombros del pecado, la ingratitud y la ignominia... La racha impía de la desesperación soplaba entonces sobre su alma, árida, abrasadora como el simum del desierto, inspirándole diabólicas ideas que el pobre niño rechazaba, opriéndole aterrado la medalla de la Virgen, con la angustia del que se vé caer, se siente derrumbar, y no quiere despeñarse!...

—¡*Monstra te esse matrem!*—exclamaba ¡*Monstra te esse matrem!*

Sucedé á veces, en esas grandes tempestades del corazón, que la imaginación encrespa y acrecienta cual una maléfica Nereida que un incidente ordinario, una observación sencilla, quizá una pena distinta bastan para imprimir otro curso á las ideas y otro rumbo al sentimiento, echando por tierra los sombríos castillos que había levantado aquella loca enemiga de la razón, que tanto atormenta al hombre.

Un ruido de pasos y de voces produjo en Gabriel este efecto. Acercábase poco á poco aquel rumor, y deteníase con frecuencia por breves intervalos; oyólo al fin á dos pasos de su cama, detrás de la cortina, y un solo sentimiento predominó entonces en Gabriel, ahogando todos los otros que atormentaban su alma. ¡La vergüenza!... Ocultó el rostro en la almohada y cubrióse la cabeza con la sábana, sin osar menearse. La cortina se descorrió al fin, presentándose el médico acompañado de la Hermana y un practicante para hacer su visita ordinaria.

¡Esta fué la gran expiación de Gabriel!... El *qué dirán*, vano fantasma del cobarde respeto humano, que paso á paso le había precipitado en el triste lecho de un hospital, se presentó en aquel momento ante sus ojos como un castigo, revistiendo colores tan formidables, matices tan

ignominiosos, que el infeliz Gabriel sintió que subían á su rostro los tintes mas rojos de la vergüenza, y angustiaban su corazón los desfallecimientos más amargos de la congoja. Quedóse encogido en el lecho sin osar rebullirse ni aun alentar, esperando que pasarían de largo, creyéndole dormido.

Pero el médico se acercó al lecho y levantó el embozo, y el rostro de Gabriel apareció entonces amoratado, confundido, bajos los ojos que dejaban escapar hilos de lágrimas, imágen viva de la confusión que debió retratar el semblante de nuestros primeros padres, al ver sorprendida su culpa. Compadecido el médico le dirigió con bondad algunas preguntas acerca de su estado, y Gabriel, sin levantar los ojos, contestó con monosílabos. Entonces el practicante le preguntó su nombre, y su domicilio para apuntarlo en el registro. Esta pregunta inesperada aterró á Gabriel: cruzó sus manos suplicantes, y con la mayor aflicción pidió llorando desconsolado, que le perdonasen aquella formalidad, que le dejasen morir solo y en un rincón, ántes que deshonorar su nombre, apuntándolo en el registro de un hospital, á que no le habia traído la pobreza, sino su locura y su propia miseria.

Enternecido el médico al oírle, púsole una mano en la frente, y apartando cariñosamente los rubios

bucles que le cubrían, le dijo con ternura:

— Bienamiguito: no es necesario... Animo y juicio... que si pasa V. la noche tranquilo, y no siente molestia ninguna interna, mañana podrá dormir en su casa.

Gabriel besó espontáneamente aquella mano que le acariciaba, y conmovidos los tres circunstantes se alejaron al fin, dejando la cortina cuidadosamente corrida.

¡Ah! ¡Cuán claro vió entonces Gabriel, á la viva luz del cielo que la humillación trae consigo, el culpable desprecio de Dios, el insensato temor del mundo, la ciega falta de sentido común que encierra el respeto humano! ¡Cuán prudentes y paternales le parecieron entonces aquellas amonestaciones del P. Velasco, y cuán previsor aquel dicho que tanto irritaba su soberbia.— ¡Pilatillo... acuérdate de Pilato!... Porque como Pilato y peor que Pilato, habia él vendido á Cristo, no por temor á un pueblo irritado ni á las iras de un César, sino por miedo á las burlas, — ¡qué vergüenza! — de un mozalbate perdido y de un canalla truhanesco... Y por huir de la chacota grosera de aquellos entes despreciables, habíase expuesto ya al justo desprecio de las almas honradas, que le veían en el abyecto lecho de un hospital, y le esperaban todavía— ¡qué dolor! — las amargas reconven- ciones de su madre, y las justas cen-

suras de todos los que tuviesen noticia de aquel episodio, terrible á la vez que ridículo, culpable al mismo tiempo que ignominioso!...

—¡Qué ceguera!—exclamaba Gabriel llevándose ambas manos á la frente. ¡Qué insensatez la mía!... Jamás podrán convenir entre sí las opiniones de los hombres, porque la pasión es la regla de sus juicios, y las pasiones son distintas en todos ellos... Y en la imposibilidad de agradar á todos, ¿no es una locura ciega, una estupidez insensata, preferir el aplauso de los malos, á la aprobación de los buenos? ¿Merecer el justo desprecio del mundo sensato como mi madre, por evitar las burlas injustas del mundo canalla como García?... ¿Que hubiera dicho aquel perdido?... ¿Y qué dirá esa Hermana tan santa, qué dirá ese médico tan bueno, qué dirá mi madre... ¡mi madre de mi alma, cuando se le rompa el corazón al saber la vergüenza y la ignominia de su pobre hijo?!!...

Y aquí interrumpían de nuevo los sollozos á Gabriel, hasta que con nueva exaltación santa y sensata, proseguía diciendo:

—¡Qué mezquina maldad, que ridícula infamia, pecar por respeto humano!... ¡Pecar, no por el placer de un goce prohibido, ni por el logro de un interés vedado, si no por temor de una risa burlona! ¡Atreverse á desafiar las iras de un Dios

por no osar hacer frente á las risas de los hombres!... ¡Como si las risas de los hombres no fuesen la prenda más segura de la aprobación del cielo! ¡Cómo si en el momento en que el mundo reprueba al justo, no perteneciese ya por entero á Jesucristo!...

Estas reflexiones fortalecían el ánimo de Gabriel, haciéndole sacar de la amarga raíz de la culpa el fruto sabroso de la enmienda, y llevándole suavemente á impulsos de la gracia, en busca del remedio de su daño. Entonces se volvieron sus ojos naturalmente, á aquellos buenos religiosos que habían custodiado su inocencia, que le habían profetizado su caída, y le habían enseñado con previsión amorosa los medios de levantarse. Los Jesuitas tenían en Sevilla un Colegio: pero Gabriel jamás había estado en él, é ignoraba si residía allí algun Padre conocido.

—¿Y qué importa?—se decía cada vez más animado. ¿Acaso los Jesuitas no tienen á gala poseer todos un mismo corazón y un mismo pensamiento?... Cualquiera me recibirá en sus brazos con amor, y me guiará con prudencia... Cualquiera me reconciliará con mi Dios y me ayudará á consolar á mi madre... ¡Madre, madre!... ¡pobre madre mía!... ¡Cuánto vá á sufrir!...

Y el pobre niño seguía llorando: llorando en la soledad; pero á la vista ya del remedio, y con el corazón

abierto á la esperanza... El sueño y el cansancio le rindieron al fin, poco antes de rayar el alba; y cuando la hermana fué á hacer su primera ronda y en silencio descorrió la cortina, encontróle dormido aún, con la medalla de la Inmaculada en la mano, dos grandes lágrimas en los ojos y una leve sonrisa en los labios...

(Se continuará)

CRONICA EXTRANJERA

Hánse establecido en algunas diócesis de Italia las *Asociaciones de los Angeles*. Diré alguna cosa de ella porque puede ser imitadas en otras partes.

La *Asociación de los Angeles* está compuesta, bajo la dirección de los Párrocos ó de las Hermanas, de niños y niñas de 7 á 12 años. Su misión es decir en alta voz: *Bendito sea Dios, ó bien, Bendita sea María Santísima* cuando en la via pública tropiecen con algun desgraciado que blasfema; y si por desgracia en su casa el padre, un hermano mayor ó cualquiera otra persona de la familia blasfemase, que digan *papá no blasfemeis; hermano no blasfemes*. Confiase de esta manera (y ya se han conseguido algunos frutos) que estas invocaciones ó estas súplicas dichas con la gracia propia de labios infantiles, servirán para impedir ó almenos para disminuir el horrible vicio de la blasfemia. Un llamamiento entusiasta á las madres cristianas ha hecho constituirse en algunos lugares *Asociaciones de*

estas, muy numerosas, con razón llamadas *de los Angeles*.

Hé aquí una asociación que debiera establecerse en nuestra ciudad, donde tanto y tan en tonto se blasfema.

Anímese alguna señora piadosa á iniciar esa buena obra, en la seguridad de que ni le faltarán imitadores, ni tampoco los premios que concede Dios á cuantos trabajan por su gloria.

Seria igualmente convenientísimo que se instalara entre nosotros una liga parecida á la siguiente:

El Rdo P. Renault, de la compañía de Jesús, director general del Apostolado de la Oración, ha presentado á Su Santidad un opúsculo intitulado *Manual de la liga antimasónica*. El Papa ha acogido con grande satisfacción este libro, y pocos días despues ha dirigido á su autor una carta elogiando extraordinariamente su obra. Esta asociación de la liga antimasónica exige de sus miembros: 1.º no entrar á formar parte de ninguna sociedad secreta, ó separarse en caso de pertenecer á ella; 2.º no votar nunca en ninguna suerte de elecciones á personas afiliadas á la masonería, ni á quienes favorezcan de alguna manera los principios antireligiosos y antisociales de esta secta; 3.º no suscribirse á publicaciones escritas ó de algun modo dirigidas por masones; 4.º exigir de las personas dependientes de los sócios que observen esta misma conducta; y 5.º combatir por todos los medios posibles el mal que hacen las sociedades masónicas y favorecer las obras de las asociaciones antimasónicas,

como son las escuelas católicas, las asociaciones religiosas, etc.

¿No habrá un caballero que dé forma á los pensamientos del ilustre jesuita? Cuento desde luego con todo nuestro apoyo y cooperación; pues ponemos desde hoy nuestras columnas á disposición suya.

Un misionero jesuita, que hace años reside en la China, ha publicado un *Curso de literatura china* del cual han hecho grandes elogios los literatos ingleses que conocen aquel país.

¡Holgazanote que era él!

La sagrada congregacion de Ritos acaba de dar un decreto declarando patronos de todos los hospicios y hospitales del mundo católico á San Camilo de Lelis y á San Juan de Dios, cuyos nombres se incluirán de hoy en adelante en la letania de los agonizantes, despues del de San Francisco de Asís.

Los católicos franceses ofrecerán á Su Santidad el día del cincuenta aniversario de su ordenacion sacerdotal un elegante album que contendrá muchísimas firmas. Cada uno de los firmantes contribuirá con 50 céntimos por lo ménos para el Dinero de San Pedro.

Se ha presentado al Reichstag de Prusia una proposicion pidiendo la santificacion de los días de fiesta.

La asociacion de San Bonifacio, fundada en 1849, protegida por el episcopado austro germánico, y honrada con un Breve de Leon XIII cuyo fin es emplear los medios ne-

cesarios para difundir el catolicismo por las regiones protestantes de Alemania, Suiza y Dinamarca, desde su principio hasta el 1884 recogió 15.000 000 de pesetas, restableció el culto en 354 ciudades ó sitios de donde desapareciera desde el siglo XVI, y conservó 290 parroquias que por falta de medios no hubieran podido subsistir. Edificó además 300 iglesias y locales para el ejercicio del culto, como tambien 275 escuelas. En 1883 contaba 745 establecimientos erigidos ó amparados. En 1883 recogieronse 900.000 francos y 950.000 en 1884.

Los católicos franceses han fundado en París, bajo la advocación de San José, un hospital clínico para la Facultad de Medicina de la universidad libre. Hé aqui los datos que sobre dicho establecimiento publica un diario parisiense:

«En San José ocurre una defuncion por cada quince enfermos, mientras en los hospitales sostenidos por la asistencia pública la propocion es de uno por siete. Como es fácil prever, los enfermos asistidos en el hospital católico han experimentado la benéfica influencia del espíritu religioso que se respira en aquel asilo.»

Segun noticias del Japon meridional, existen actualmente allí 25,000 fieles, reunidos en 65 centros, 59 Iglesias y más de 30 escuelas en las que se enseña el catecismo y aquellos conocimientos más indispensables al hombre en la sociedad. No se puede desear más en un país donde hace veinticinco

años no se había oído aún la voz del Evangelio.

¿Para que sirve la Confesión?

Cuenta *Le Courrier des Etats Unis*, que yendo desde Huntington á Nueva-York una señora, dejó abandonado, por olvido, en el vapor de Fulton un saquito con diamantes, apreciados en 25.000 francos.

Cuando notó la pérdida, hizo publicar anuncios en todos los periódicos, y algun tiempo despues recibió la visita de un sacerdote católico, que le entregó el saquito con su precioso contenido.

El saquito lo habia recibido el sacerdote de un penitente, cuyo nombre no estaba autorizado para declarar.

Dice un colega:

«El P. Pedroso, de la Compañía de Jesús, ha entregado á la empresa de los ferro-carriles del Norte, por vía de restitución, un encargo recibido en el tribunal de la penitencia, la cantidad de 17.500 pesetas.»

De estos casos hay muchos, gracias á Dios, y no pueden negarlos los enemigos del Catolicismo. Si el sacramento de la Penitencia hubiera sido *invención*, produciria esos frutos.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion, y á las ocho y media, la conventual.

En Santa María, á las ocho y media misa de renovacion.

Domingo.—En San Nicolás, á las ocho y media la conventual con sermón.

En Santa María, á las ocho y media tercia y misa conventual.

En la Iglesia de Capuchinas, la funcion mensual de las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Á las siete de la mañana, se dirá la misa de comunión, y por la tarde á las cinco, los ejercicios de costumbre con exposicion del Santísimo y bendicion.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovacion y bendicion del Santísimo con la misa. Por la tarde el Santo Trisagio á las cuatro con manifiesto y reserva.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

ANUNCIO.

CLASE de Análisis lógico-gramatical, preparatoria para oposiciones á escuelas de instruccion primaria.

La dará en su casa, calle Mayor 63, 2.º, D. Vicente Calatayud y Bonmati, Catedrático en este Instituto Provincial.

Honorarios; 15 pesetas al mes: Clase diaria.

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva